

TRES ENSAYOS SOBRE TRES CUENTOS CHILENOS

Soledad Gasman

3. Acerca de “DOÑA SANTITOS” de Marta Brunet

Santos Poblete, la protagonista de “Doña Santitos” que consulta a “*su mercé*” porque siente un bulto que le transita por el cuerpo, deja tan perpleja a aquella “*mercé*”, narradora de la historia, como al lector. A medida que leemos, la vieja sabia, franca y aguda se instala definitivamente en nuestra imaginación, no sólo gracias a la asombrosa manera con que la autora arma un texto de inigualable fuerza significativa, sino también por mostrar aspectos universales de la realidad. Pero, ¿cómo es que la autora logra dar consistencia a sus personajes y al mundo que los rodea? Por una parte, la visión que recibimos de doña Santitos está mediada por la curandera, testigo presencial de los acontecimientos. Este hecho que parece insignificante no lo es, pues sustenta el primer eslabón sobre el cual se construye la verosimilitud del relato. Por otra parte, el tono perplejo y humorístico a la vez que irónico por medio del cual se nos transmite la historia, se percibe como el mismo “ánimo” que nos habría provocado la protagonista si la hubiésemos conocido. Es así como nos sentimos fuertemente identificados con el narrador. Junto a ese tono que nos parece atingente y conocido se trasunta además una actitud observadora, no prejuiciada y sagaz que sirve al buen desenvolvimiento de los diálogos. Las preguntas y aseveraciones del narrador son los desencadenantes naturales de los tres parlamentos de doña Santitos. Las breves y precisas descripciones de su físico y vestimenta y los giros que toman completan de manera muy acabada la representación del personaje y agregan credibilidad al cuadro. En el primer párrafo, cuando doña Santitos llega con “*el gurto*” a cuestras, se nos dice que viste un chal oscuro y un pañuelo negro, y que sus ojos son “*cuencos de agua clara inexpresiva*”; cuando regresa, no sólo se anuncia el cambio que ha sufrido: “a la semana apareció...transfigurada”, sino que se da cuenta exacta de ese cambio: viene con “*la sonrisa tajeándole el rostro*”, los “*ojos en baile de gozo*”, el rebozo a grandes cuadros y el pañuelo rojo. Entre una y otra descripción se introducen dos elementos que recrean y condensan con mucha nitidez el contexto socioeconómico de la

protagonista. Además, ayudan a la configuración coherente de la historia: el “*terrenito en Coínco*” del cual es dueña doña Santitos, y el “*carretón de familia tirado por bueyes*” que la transporta, la proveen de la independencia económica que necesita para desenvolverse en la vida con la libertad que orgullosa expone. Ambos elementos la diferencian de los demás; de hecho la curandera dice haberla conocido por ser una vecina y dueña de un “*terrenito*”. Este hecho sitúa inmediatamente al lector frente a un tipo de chileno: aquel que sin educación pero con reconocido ingenio ha logrado ascender en la escala social gracias a la adquisición de determinados bienes. De este modo, la figura de la protagonista se reconstruye en la imaginación del lector como un prototipo connacional identificable en cualquier lugar del país. Esto a su vez determina lo universal del relato, ampliando sus alcances. En relación al segundo elemento elegido por Brunet, las características que la carreta posee y la afirmación del narrador: “*uno de esos carretones que fueran el orgullo de nuestros abuelos*”, la transforman también en un símbolo cargado de significados, tales como la diferencia social y económica que se evidencia ahora entre la curandera y la protagonista. Para la primera, la carreta representa un medio de transporte antiguo y pintoresco; para Santos Poblete en cambio un motivo de orgullo y de comodidad. Este tipo de carruaje “antiguo”, la clase alta probablemente lo guarda como una reliquia del pasado, en tanto la clase emergente no solo lo utiliza, sino que además lo decora “*verde rabioso y empingorotado*” para que no pase desapercibido, porque es un medio de “pasear” y exhibir el bienestar adquirido. Estas breves pinceladas han bastado para que como lectores seamos capaces de recrear al personaje y su contexto. Detengámonos ahora en los tres parlamentos de Santos Poblete, los cuales dan cuenta cabal del gran poder de persuasión y de la sabiduría que ella encierra. Un tipo de sabiduría popular y práctica, que ostenta una moral no convencional la cual también encontramos en otros personajes de la literatura universal, a los cuales nos referiremos más adelante.

Los discursos de Doña Santitos, abordan el “*gurto*” que padece, su historia sentimental y un consejo secreto o sentencia para ser feliz. En la primera exposición, describe cómo su “*gurto*” viaja “*por el costao, corre pa la espalda, agarra léstomo, se fija en el corazón*”; le produce ahogo; lo siente desde hace cinco años; la ha obligado a tomar remedios y consultar médicos desde “*Curacautín a Victoria*”. Explica por qué llegó a verla: “*m’ijeron que oña mercé cura, saldaña m’animò*”, y termina en un lamento: “*este gurto me v’acabar*

con la vía!”. Si nos detenemos en su desarrollo podemos observar que sigue una secuencia lógica y que responde con amplia información a las posibles preguntas que se le habrían formulado. Por lo tanto, nos percatamos que Doña Santitos no sólo es capaz de platearse por adelantado una situación, sino también de sacar conclusiones válidas. Esta apreciación, por lo demás, se ve corroborada en el segundo parlamento, donde habla acerca de los hombres con quienes ha vivido, y cómo esta experiencia le ha enseñado. Dice que se casó con el primero “*por too lo que hay que casarse*”; que era “*un condenao, remolía, se curaba, la trataba como perro*”; que era así porque “*estaba seguro, amparado por la ley y por l’ iglesia*”, y que a consecuencia de esa unión casi le embargaron su terrenito. De esta primera unión ella saca un tremendo aprendizaje: “*no habís de ser más lesa. No te volvai a casar, tenelo así no más con el interés de ser agradoso para gozar de tu bienestar, si molesta lo echai puerta ajuera*”. Y es esta enseñanza la que la hace idear su forma de relación con los hombres como un pacto que conviene a las dos partes y que dura mientras es beneficioso para ambos. Sin embargo, para que este pacto resulte, aclara en el tercer parlamento, entre expresiones retóricas tales como “*mire ñorita, créame ñorita, se lo igo yo*”, se requiere de una actitud especial: “*para tener a los hombres seguros hay que agarrarlos por el miedo a encontrarse sin mujer cualquier día*” y para ello “*nunca decirles ni sí ni no, decir siempre quizás*”, porque la mujer que no tiene “*al hombre sobresaltao de recelos está perdía*”. Desde el punto de vista literario, estos tres parlamentos además de presentar con gracia y veracidad el habla, léxico y visión de mundo de un tipo común de chileno, dejan en evidencia el uso de conocidos recursos retóricos, como la formulación de ideas siguiendo una secuencia lógica, la validación del discurso mediante la confrontación con la realidad que se expone, el encadenamiento temporal de los acontecimientos, la utilización de ejemplos, la exposición de una postura determinada y original frente a un asunto de general importancia como es la moral y por último, el manejo de expresiones y gestos que persuaden al oyente : “*diciéndome misteriosamente*”; “*yo le voy a dar a su mercé un secreto pa ser feliz*” .

Todas estas características, y especialmente la reproducción de un léxico “popular”, traen a la memoria el discurso del personaje de Bernard Shaw en *Pygmalion*, obra publicada en 1913. Alfred Doolittle, el protagonista, es un traperero, gran orador y poseedor de una moral tan particular como la de Doña Santitos. Doolittle, al ser interrogado por el profesor Higgins

acerca de su estado civil, contesta lo que podría haber contestado cualquiera de los convivientes de Doña Santitos: *“No estamos más que amontonados, como quien dice. Y de ahí vienen todos mis sufrimientos. No tengo autoridad sobre ella. Tengo que mantenerla...todo porque no soy su marido legal.”*

Quebrada Escobares, 2007.